
Prólogo

José Manuel Lucía Megías

Comisario de la exposición

Eduardo Balaca
Miguel de Cervantes, ca. 1877
(detalle)
Museo Nacional del Prado

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies...

Como si se hubiera puesto un espejo delante de su escritorio, así parece dibujarse en palabras Miguel de Cervantes en el prólogo de las *Novelas ejemplares* (1613). Un retrato de letras, que sigue la tradición de los retratos de líneas que desde finales del siglo XVI se han convertido en un aparataje editorial habitual, ese por el que el autor no solo defiende la autenticidad de la impresión de sus obras sino también la construcción de su propia imagen. Miguel de Cervantes parece que se empeña en un realismo que será piedra de toque de la mejor narrativa del siglo XIX, pero que, por los primeros decenios del XVII, el momento de la escritura del citado prólogo ejemplar, es solo un guiño a una costumbre editorial de la época, por la que Cervantes va construyendo, letra a letra, palabra a palabra, una determinada imagen, que es la que se ha terminado por proyectar a lo largo de los siglos sustentando un mito, que es la que nos sigue convocando a los cuatrocientos años de su muerte. Hombre, personaje y mito son los tres ejes en los que se ha estructurado la exposición *Miguel de Cervantes: de la vida al mito*. Una visión de la época en que vivió Cervantes, ese Cervantes viajero que recorrió todo el Mediterráneo y que soñó con uno de los puestos que quedaban vacantes en América; un Cervantes que

estuvo siempre vinculado a la corte de la Monarquía Hispánica, esa corte que se iba, a su vez, construyendo en un delicado equilibrio de amistades, odios e intrigas, y que constituye el espacio en el que se desarrolló la mejor literatura de su época. Alcalá de Henares, Roma, Lepanto, Argel, Valladolid y, sobre todo, Madrid serán los escenarios donde se podrá recuperar al Cervantes hombre, a aquel que fue uno más de su tiempo, uno más de los que estaban intentando ganarse la vida en el intrincado laberinto de los pasillos cortesanos; y, al tiempo, por el relativo fracaso en su petición de «merced», Miguel de Cervantes será también aquel que construye una vida de papel que le hace único, que le permite convocar y convocarnos centenares de años después de su muerte. Por este motivo, se ha primado a la hora de contar su «vida en papel» la relación que mantuvo con los escritores de su época, con los géneros que lo sustentan y que le dan sentido, con la complicada red de intereses que fue capaz de tejer y destejer a lo largo de los años. Un escritor de su tiempo situado en el tiempo de la escritura.

Otra será la historia de Miguel de Cervantes cuando se escriba desde el punto de vista de su representación, de la creación de su personaje. Otra bien distinta cuando a partir del siglo XIX el escritor Miguel de Cervantes se vuelva un mito, se convierta en ese mito que, a pesar de su genialidad, ha quedado, en parte, ensombrecido por el mito majestuoso, el mito universal de Don Quijote de la Mancha.

La segunda parte de la exposición estará dedicada a la representación de Cervantes, a analizar de una manera gráfica cómo a partir del Miguel de Cervantes personaje creado por el propio autor complutense (recuérdese el retrato de palabras al inicio de las *Novelas ejemplares*) se ha ido consolidando el imaginario de un mito que, poco a poco, se ha terminado por contaminar con las representaciones post-románticas de su Don Quijote, en especial a partir de la propuesta de Gustave Doré (1863). Los retratos de Cervantes muestran la necesidad de recuperar la «imagen real» del hombre, sabiendo que lo que se intenta representar es una imagen idealizada (personaje) que termina por ser un mito, un mito con mil caras, incluso mil representaciones. En este apartado se presta especial atención a la representación de Miguel de Cervantes como escritor, ese baluarte desde el que se alzarán su figura, la que le convertirá en un icono. De este modo, la «vida en papel», esa vida más allá del hombre, en la que el hombre Miguel de Cervantes expande sus deseos vitales pocas veces satisfechos en la vida real, es la que termina por ser el anclaje de su recuerdo. De ahí que no extrañe que la pluma sea el elemento distintivo y simbólico de la representación del escritor. Igual que la bacía de barbero sea el que más predomina a la hora de representar a don Quijote.

Y por último, el tercer eje de la exposición se centrará en la construcción del mito Miguel de Cervantes, donde se retomarán algunas de las ideas, de los datos expuestos en las anteriores secciones. Por un lado, se indagará en la celebración de

Cervantes como escritor –esa parte esencial a la hora de construir su identidad posterior– que tendrá su particular geografía: Inglaterra; y sus protagonistas serán los novelistas que encontrarán en Cervantes un modelo de escritor, y en su *Don Quijote* un libro digno de ser imitado. Una particular lectura de la obra cervantina alejada de los torrentes de carcajadas y de risas con la que iba triunfando en el resto de Europa. Sobre esta base de recepción, los biógrafos van a asentar esta determinada interpretación con una formulación científica desde 1738 hasta las grandes biografías de mediados del siglo xx, con la majestuosa en muchos sentidos *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes* firmada por Luis Astrana Marín.

En la construcción del Miguel de Cervantes mito vamos a detenernos en dos episodios históricos esenciales: la guerra de África (1859-1860) y la crisis de 1898. Si en el primero, se rescatará la figura de Miguel de Cervantes soldado y cautivo en tierras africanas, en el segundo, Miguel de Cervantes se diluirá en la figura triunfante de don Quijote, que termina por equipararse con España. Pero este proceso de mitificación de Miguel de Cervantes tendrá un exponente más que gráfico en los monumentos que le tendrán como protagonista. Desde el de 1835 a las puertas del Congreso de los Diputados, el primero que se realiza a un civil en Madrid, hasta el gran monumento en Plaza de España a principios del siglo xx, que pondrá su punto y final más de cincuenta años después. Alcalá de Henares, Nueva York, San Francisco, Panamá o Puerto Rico, El Toboso o Argamasilla de Alba serán escenarios de otros tantos monumentos cervantinos que muestran su universalidad a lo largo de los siglos xix y xx.

Un Cervantes que desde el Madrid de 1616, el que le vio morir en la soledad de su entierro, se ha ido proyectando a lo largo de los siglos gracias a la genial vida en papel que fue capaz de escribir y publicar en los últimos años de su vida. Una vida de lecturas, de elogios y de enseñanzas que le han consolidado como un personaje sin igual, en un mito que todavía tiene mucho que enseñarnos, que mostrarnos en el inicio del siglo xxi: libertad, comprensión y diálogo son tres de los ejes del pensamiento cervantino, que se destacan en la última de las intervenciones artísticas de la exposición, la que proyecta a Cervantes y su pensamiento en el presente para marcar nuevas líneas de difusión en el futuro.

Tres ejes. Tres miradas. Tres perspectivas. Hombre, personaje y mito. Tres formas de abarcar y acercarnos a ese gran misterio que sigue (y seguirá) siendo Miguel de Cervantes Saavedra. Y para poder llevar a cabo este complejo acercamiento hemos contado con el asesoramiento de tres expertos en la materia: José Álvarez Junco, Javier Gomá y Carlos Reyero, que, además, iluminan con sus textos, este catálogo. A todos ellos, quiero agradecerles su compromiso cervantino con esta exposición.

¿Cuál es el más real de los tres Miguel de Cervantes? No hay respuesta para esta pregunta, pues el hombre, el personaje y el mito se necesitan para existir

y para sobrevivir. Sin las mil peripecias vividas por Cervantes a lo largo de su vida aventurera, sin sus deseos de construcción permanente, ese saber enfrentarse a su mundo, al mundo, con el grito de guerra «Yo sé quien soy», sin esa necesidad de ir construyendo una imagen ideal de sí mismo, un personaje, que primero se llena de valentía y de fortaleza (aspectos estos esenciales en su deseo de conseguir una «merced» en la corte hispánica) y luego se vuelca en su faceta literaria. «Viejo, soldado, hidalgo y pobre»... así se describe, seguramente el mismo Cervantes, en la aprobación a la segunda parte del *Quijote* que firma el licenciado Márquez Torres en Madrid, a 27 de febrero de 1615. «¿Pues a este hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?», pregunta sorprendido uno de los caballeros franceses que admira su obra, a lo que otro responde «con mucha agudeza»: «Si necesidad le ha de obligar a escribir, plazca a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo».

Miguel de Cervantes: de la vida al mito traza el camino que va de ese «viejo, soldado, hidalgo y pobre», como tantos miles y miles de españoles de su tiempo, al «escritor alegre», el «regocijo de las musas», que es la imagen que proyectará de sí mismo en el prólogo al *Persiles*, la novela bizantina que se publica al año de su muerte, y que es la base de la mitificación de los siguientes siglos. Comienza aquí un viaje apasionante, del hombre al personaje y de éste al mito, que no tiene fin. Un viaje que se llena de objetos que no dejan, ni ahora ni nunca, de admirarnos.

Rafael Martínez Zapatero
Monumento a Cervantes en la
Plaza de España de Madrid:
don Quijote y Sancho Panza
Entre 1961 y 1977
Fotografía, papel gelatina
Biblioteca Nacional de España
CAT. 202

